

rra pulveriza la fortificación montaña, para barrer sin piedad á sus defensores, y en la mar desbarata é incendia al buque acorazado.

La que en la Marina, por medio de potentes mecanismos, mueve y dirige, al esfuerzo de un sólo hombre, monstruos que lanzan toneladas de acero por instantes, y á la que, en el campo de batalla, se le demanda, bajo pena de muerte, ser instantánea en la maniobra; pues si un minuto la artillería contraria se le aventaja, colocándose en batería, sin remedio quedará despedazada.

Esa arma terrible, pero la que, so pena de derrota, debe en los tiempos actuales, ser tan científica como táctica, tan técnica como maniobrera; esa arma, tuvo en las conferencias dos representantes: uno tan profundo como brillante, al exponer magistralmente el estado de la artillería moderna, y otro que se levantó á la altura de su misión, presentando una sinopsis, en que reseñó con apropiado fácil lenguaje, la historia de un siglo de la complexa arma: breve síntesis de los cien años en que ha efectuado su gigante evolución, esa trágica, que con sus pulmones formidables, da en las grandes batallas el atronador alarido de guerra, y canta, con estrofas de lumbre, los períodos en que siega vidas enemigas sobre el pavoroso campo de la muerte.

*El Estado Mayor*, el que necesita imperiosamente

para organizarse, Oficiales ágiles, vigorosos, inteligentes é instruídos; Oficiales que hayan distingúidose desde las aulas, por la rapidez de comprensión, por la fácil asimilación de múltiples conceptos; que hayan practicado con provecho manifiesto en las armas tácticas, á fin de que las conozcan á fondo, ya que tienen que dirigir las; que realicen los trabajos de topografía, de itinerarios, con presteza y precisión, puesto que le servirán de antecedente para guiar las tropas; que sean ginetes notables para salvar veloces las dificultades del terreno, atletas para resistir las fatigas que exige un servicio de cuyos incidentes depende en un instante dado, la salvación de un Ejército, de una causa, de una nación; el Estado Mayor, el que requiere que los miembros que lo forman, tengan ante todo la caliente sangre del guerrero, cuya ola ardorosa, al subir quemando el cerebro, produce la chispa inspiradora en los trances críticos y siempre la decisión á muerte en los peligros.

El que requiere Jefes de conocimientos superiores, para apreciar sobre la carta, el tiempo, la distancia, las velocidades, los efectivos de las tropas en acción y los encuentros; y de elevada serenidad de criterio, para aquilatar los elementos intelectuales, morales y materiales del contrario y los propios, y con filosofía discernir la consistencia de ellos á la hora del choque.

Del que deben surgir los grandes Generales, por su conocimiento y práctica en todas las armas, y la sabia forma de dirigir las.

Ese servicio importantísimo, fué con método y erudición explicado en la tribuna de las Conferencias, hasta dejar grabado el concepto, hasta llevar á la convicción, la verdad preconizada de que el Estado Mayor, es el cerebro del Ejército; el que previene, abastece y dispone sus tropas de primera línea y sus reservas; el que indica y el que dirige sus marchas estratégicas; el espíritu luminoso del gigante armado de todas las armas, que inspirado en el pensamiento del General en Jefe, tiene que tocarlas con el botón eléctrico del mando, para arrojarlas á la zona de fuego á bregar en el furioso duelo á muerte.

¡Estro es él, en verdad, de los combatientes, que marca los senderos para la realización de los destinos de la guerra!

En cuanto al servicio de *Ingenieros*, exige labor intelectual técnica y faenas tácticas; él, para la marcha de las tropas, abre ó repara caminos, establece puentes y ferrocarriles; para la comunicación instala heliógrafos ó telégrafos, y para la defensa acoraza con sus fortificaciones; él, cavando el subterráneo tenebroso, prepara la mina y vuela los fuertes del contrario, y arrasa sus posiciones; él en la guerra no rehuye los encuentros, ni se doblega á las fatigas, y en la paz

conserva las obras, erige cuarteles y hospitales, y forma y examina toda clase de proyectos que se relacionen con la seguridad del Estado. Servicio semejante, que es arma y servicio, tuvo por representante á quien, expuestas ideas generales respecto del Cuerpo de Ingenieros, trató con especialidad, verificándolo con lucidez y acopio de datos, sobre sistemas de construcción moderna, aprovechables al arte militar.

¡Ese arte, que para apreciar su importancia, basta imaginar la imponente masa de las fortificaciones que erige, los fuertes, los castillos que levanta, las líneas severas de duro relieve de sus obras, perfilando en el horizonte sus almenas sombrías; y calcular el esfuerzo de poder, de trabajo y de inteligencia desarrollado, para crear esas obras formidables, las cuales á voluntad allana, barre con el volcán flamígero de sus minas, como si las deshiciera á la voz de aterrador conjuro!

El luminoso saber del Ingeniero y sus duras faenas, se aprovechan siempre; y en el período de lucha, llega á ser auxilio gigante para afirmar el triunfo.

*La Sanidad:* la Sanidad, es servicio benemérito, que el conferencista que lo representara, hizo con limpidez de estilo resaltar, hablando de la vida civil y militar del Médico, y desarrollando hermoso tema sobre la importancia de sus trabajos en la educación y en la legislación de las sociedades modernas.

En la guarnición, al Cuerpo Médico está encomen-

dado cuanto se refiere á la higiene en todos los servicios, y atiende escuelas y hospitales. ¿Y en campaña? en campaña, las enfermedades diezman á las tropas, y los medios de destrucción entre los Ejércitos, aumentando prodigiosamente, originan la carnicería del combate. Aterradora sería la aglomeración de dolientes, sin el consolador auxilio del benemérito Cuerpo de Sanidad, cuyo estoico personal, sin combatir, sin tener los ardores de la lucha, y sí todos los peligros de la muerte, bajo la granizada de acero se disemina sobre el campo de batalla, á buscar al herido, á suspenderle la mortal hemorragia, á cerrar los bordes de la abierta herida, á cortar el miembro colgante que desgarrar; á caer atravesado sobre el enfermo á quien prodiga sus cuidados, formando con él un sublime grupo de dolor y de piedad.

*A la Marina*, tocó un orador genial, que se extendió en abstracciones sobre lo que es y debe ser una marina de guerra, y de las relaciones favorecedoras que tiene de mantener con los pueblos amigos.

La Marina de Guerra, por sí sola, es de grandísimo poder; pero no son fácilmente separables la Armada y el Ejército, en donde los Océanos bañan costas de pronto acceso, y donde éstas y sus puertos piden defensas combinadas; y menos en los pueblos nuevos que, como el nuestro, no han acumulado riquezas que les permitan organizar y sostener flotas que pueblen

sus mares, á las cuales independientemente les sea dable, cerca y lejos, obrar sin la constante ayuda de tierra. Así, los modestos elementos marítimos de que disponga, tienen que aunarse con los de las tropas del Ejército, en una ú otra forma, procurando por medio de las leyes, el obligado auxilio de la Marina Mercante.

Hoy por hoy, por lo que toca á la Marina nuestra, aunque esté como está en el infeliz momento del crecimiento, y con un halagador porvenir en perspectiva, no debe razonablemente aspirar más que á ejercer la policía en nuestras aguas, á mantener la respetabilidad por parte de los buques que hacen el tráfico en ellas, á servir para el transporte de tropas, á lo largo de nuestros litorales, y á llevar el saludo de nuestra bandera á los pueblos amigos.

A nuestros cañoneros podrá exigirse un formal combate, y nuestros marinos, inspirados en sus altos deberes, cumplirían en él como buenos; abordarían con sus escasas fuerzas á un enemigo por poderoso que fuese, que de actos semejantes se ven ejemplos en nuestra luctuosa historia, ante los cuales bien puede exclamarse, que hay seres que, en medio de su debilidad, al entregarse heroicos al sacrificio, avergüenzan á la fortuna; cuando no pueden vencerla.

*El Colegio Militar*, también levanta en las Conferencias su voz juvenil; y el representante respectivo,

tras de encomiar con generoso acento, con el noble de los floridos años de la vida, las graves virtudes militares que lo inspiran, presenta una tesis sobre fortificación en el campo de batalla; sobre esa forma de neutralizar los fuegos, de igualarse por momentos indispensables, con fuerzas superiores; sobre ese servicio interesantísimo, pero del auxilio del cual no debe abusarse, porque el atrincheramiento en el campo, cuando no lo demanda la necesidad, es la cadena que ata al soldado á la tierra, y lo estorba al avanzar cuando el avance en la lucha es la victoria.

Conmueve la voz del Colegio Militar, porque es la voz de aquellos niños gloriosos y sangrientos que murieron en la defensa de Chapultepec en 1847, y porque es la voz del porvenir de nuestro Ejército; y se escuchan en ella como acentos proféticos, de los adelantos á que llegarán nuestras instituciones militares, bajo la dirección de los que tienen que sucedernos en el mando, á los que con la melancolía de nuestra experiencia, y nuestros recuerdos de guerra, estamos para desaparecer.

¿Y al *acero*? al acero, los militares en sus certámenes le han dedicado una potente estrofa de su himno: el Ingeniero, el constructor, no debió olvidarlo, y la representación de Ingenieros no olvidó la industria referente á la composición de ese metal, que ha dado los más exactos instrumentos á la ciencia, y los más

poderosos á todas las industrias; los rieles al vapor, la magneta al telégrafo, las brillantes terribles armas al Ejército, dotándolo con prodigiosos cañones. Parece que al tratar sobre ese metal, olímpico nervio del progreso en la evolución asombrosa que presencian las generaciones actuales, se quiso con el acero, clásico material del armamento de los Ejércitos, como representar un gran trofeo de guerra, límpido y brillante, propio del acto militar y científico que las Conferencias significan.

¡Y qué gran trofeo puede imaginarse, con el acero en conjunto, como un astro: con el brillar de armas en que se destacan los cañones; lucir de sables á millares, ondear de mares de bayonetas; y semejante miraje, ofuscador de suyo, bruñido y reverberando á los fulgentes rayos de nuestro sol de los trópicos!

¡Magnífica, deslumbrante ornamentación para bélicas fiestas como las que hoy terminan!

*Armas y servicios* pasaron, pasaron en marcial desfile: cada uno de los conferencistas, representante de cada servicio y de cada arma del Ejército, saludó al pasar, blandiendo su estandarte, y levantó su vibradora estrofa en la tocata del bélico desfile. Y quedará la impresión del solemnísimo acto, anuncio de otro venidero; la voz de los oradores, hablando de la ciencia y del arte militares á los iniciados, será repercusión de ondas sonoras, haz de luces, sacudiéndose sobre sus

almas; notas y fulgores, que al producir intelectual fruición, inviten y animen á la diaria labor de ejercicios y de estudios, para llegar á ser sabios y á ser fuertes.

A ser fuertes y sabios, porque los que aceptamos el sagrado cargo de guardianes de la Ley y de la Patria, estamos en la obligación de adquirir el *sumum* de las potencias, la plenitud de los conocimientos y la plenitud del físico vigor, para poner todo nuestro valer en lo que toca al respectivo país, al servicio de los más altos fines morales de la humanidad, *el respeto á las instituciones y á la independencia de cada pueblo*, á fin de que, sin opresores y oprimidos, libres y grandes todas las naciones, puedan seguir al través de los tiempos, su glorioso destino de progreso.

Por lo demás, la abnegación y el valor, se imponen en nuestra carrera. La abnegación, para levantar-nos superiores á las fatigas y á las penalidades; que le es preciso al que de ejemplo sirve, en medio de su propio cansancio y su dolor, animar con la sonrisa á los que manda. Por lo que hace al valor, el valor es común hasta en las fieras; pero el valor que se alienta en el noble cumplimiento del deber, es el que hace que el espíritu en que existe, se convierta en templo que no puede profanarse.

Así se forman á millares los guerreros, listos á entrar en formidables luchas; y apenas se trate de un

conjunto para combatir, y se gritará *orden, disciplina; disciplina y orden*, que es respeto por categorías, obediencia exacta é instantáneo al superior, y hacia abajo discreto y vigoroso mando.

El Ejército, el buen Ejército, no es el que en momentos dados sabe lanzarse con valeroso ímpetu; sino el que sabe soportar con firmeza los oscuros peligros, la rígida disciplina, la continua subordinación, y resistir constante las pruebas del infortunio.

Tal es la fuerza y engranaje de la grandiosa máquina llamada Ejército, que demanda perfección para funcionar en plenitud, en el instante que se le toca.

Y la posibilidad más ó menos remota de la guerra, y la necesidad de asegurar la paz, siempre un Ejército demandan.

Se siente mayor necesidad de seguridad, cuanto más se eleva la civilización, cuanto más se multiplican y crecen las industrias y aumentan las riquezas de un país; esa seguridad es condición y consolidación que requiere su progreso. El amparo del Ejército, la protección del elemento bélico, es, pues, necesario para el cultivo de todas las otras artes, para la tranquilidad indispensable al encumbramiento de las ciencias, para dar garantía á los cambios y transformaciones que ejecuta la riqueza de los pueblos.

Dos escuelas que han llegado á constituir congresos, han generosa, noblemente pensando en la paz uni-

versal; pero aun sus dictados exigirán la sanción de las armas. ¿Quién se impone para hacer respetar el Derecho?

¡Ay de los débiles si aparecen encontrados intereses en el gigante avance de los pueblos; quedarán desechos, aplastados bajo la planta de los poderosos, que corren al porvenir anhelantes, á paso de carga! ¡Será olvidada su nacionalidad y hasta su raza!

No es extraño, pues, que al objeto de organizar fuerza, para afianzar la individualidad viril, la independencia de cada Nación, se adunen con voluntad noble y enérgica, todos los elementos del poder, del saber, de la moral.

De allí es que el estado en que se encuentra un Ejército, sea el signo inequívoco que muestre la prosperidad, la cultura, el patriotismo del pueblo á que pertenece: es su florecencia, es el símbolo de su elevación, es la síntesis objetiva de su pasado y de su presente.

«Indicio cierto de la civilización creciente de un país, ha dicho un historiador filósofo, es el que las armas le sirvan para conservar la paz, y hacer que sus frutos no sean arrancados ó destrozados en flor, por enemigos externos ni interiores conmociones.»

Sí, los progresos de las armas aseguran contra las revueltas y las invasiones; y la guerra, que es duro oficio, sublime arte, especial ciencia; que demanda al-

tos auxiliares, por que está enlazada con la diplomacia, por las causas que dan derecho á declararla ó aceptarla; con la economía, por la administración; con la legislación, por sus instituciones; con la filosofía, para medir su acción en relación al enemigo, al tiempo y á la historia; la guerra, que exige por sí misma altezas, y que necesita tan altos auxiliares, siempre tiene y tendrá por principal elemento al hombre, al hombre dotado de espíritu, con sentimientos y con facultades; y si en México tocáis el corazón del hombre con el rayo del patriotismo, os gritará divinizado: *¡Dadme el fusil, y al llegar el momento, estoy dispuesto para lanzarme al fuego!*

¡Ah! ¡con qué grandiosa majestad se ostenta la noble, la alta vocación de un pueblo!

El Gobierno ha tocado, con sus disposiciones relativas á la formación de las Reservas del Ejército, el corazón y la inteligencia de la juventud mexicana, y ésta ha corrido, ha volado, acudiendo de un modo conmovedor, en apretadas falanges, al patriótico llamado; y entonces, como si se encendiera ante el espectáculo magnífico, el espíritu militar, desde la tribuna de estas Conferencias parece que él dirige su alentadora voz á los nuevamente iniciados, á esa masa de jóvenes ciudadanos puestos en movimiento para realizar un sólo y grande pensamiento del Presidente de la República, inspirado en el deseo altamente moral y glorioso de